

Bloc de notas



## Michnik en el laberinto

El fundador y director de «Gazeta Wyborcza» analiza en una colección de ensayos las claves del devenir polaco del siglo XX



LUIS M. ALONSO

El 19 de noviembre de 1995 se produjo en Polonia una «normalidad anómala», como la dieron en llamar algunos analistas. El poscomunista Aleksander Kwasniewski fue elegido presidente del Gobierno tras una reñida disputa en las urnas con Lech Walesa, un símbolo nacional de la lucha contra la opresión que en los seis años anteriores se había ocupado obstinadamente de destruir su propia imagen pública. Así todo, nadie se hubiera imaginado en 1989 que un miembro del partido que, bajo la tutela soviética, había acaparado el poder durante décadas podría regresar tan pronto. Mucho menos teniendo en cuenta que los comunistas polacos habían sido los más débiles de todo el bloque del Este y, por el contrario, la oposición, alrededor del sindicato Solidaridad, la más fuerte. Contando asimismo con el papel primordial que jugaba la Iglesia católica...

Sin obviar los errores de Walesa y de un sindicato que jamás supo adaptarse a la nueva realidad del país, probablemente la inesperada victoria de los poscomunistas se empezó a fraguar entonces, en 1989, cuando el antiguo disidente y amigo de Kwasniewski, Adam Michnik, director de «Gazeta Wyborcza», el periódico polaco más influyente y un sólido baluarte de la sociedad en la lucha por la democracia, creyó que había llegado el momento de la reconciliación nacional. Michnik no sólo apoyó en 1995 al candidato del partido que siempre había combatido desde que era estudiante y en la etapa de Solidaridad, sino que suya había sido seis años antes la idea de aquel histórico editorial —«Vuestro presidente, nuestro primer ministro»— que marcó el rumbo de la Polonia que nacía a la libertad en medio de una creciente cautela para no enfurecer del todo a Moscú. Todavía existía el Pacto de Varsovia y la transición se observaba como algo ineludible. Nació la Mesa Redonda, que en los años posteriores de la democracia sería vista por algunos sectores como una traición.

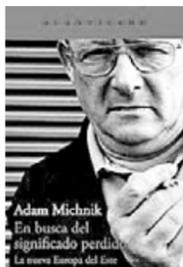
En la década de los ochenta del siglo pasado los polacos vivieron el delicado equilibrio de la revolución emprendida en los astilleros de Gdansk que acabaría sofocando el general Jaruzelski para evitar la intervención soviética. Los comunistas polacos jamás dejaron de acordarse de la suerte que corrió el levantamiento húngaro y del aplastamiento por los tanques de la primavera de Praga. Nagy y Dubcek formaban parte del amargo recuerdo. Michnik escribiría más tarde cómo Jaruzelski, con «una coherencia y una valentía dignas del máximo respeto», asumió toda la responsabilidad de aquella proclamación de la ley marcial que se saldó con la muerte de nueve mineros, pero seguramente impidió un multitudinario baño de sangre.

La conciliación había sido el camino elegido por un pueblo marcado por la tragedia. Pero no porque rehuyese el combate. Los hechos están para demostrarlo. A las puertas mismas de Varsovia, las tropas del mariscal Pilsudski derrotaron en agosto de 1920 al formidable Ejército ruso y frenaron la ambición bolchevique de extender la revolución proletaria. Por

esas fechas en la batalla de Zamosc los exhaustos jinetes polacos hicieron morder el polvo a la famosa caballería de Buddeny en la que se conoce como la última gran batalla ecuestre de la historia. Polonia fue el primer país que se negó a las demandas de Hitler y ofreció resistencia armada a los alemanes. El Führer, presa de uno de sus ataques de histeria, ordenó destruir piedra por piedra hasta convertir literalmente Varsovia en un punto en el mapa, según sus propias palabras. El hado polaco ha sido combatir a los dos totalitarismos agresores del pacto Ribbentrop-Molotov. Entre nazis y comunistas la cifra del exterminio ascendió en el siglo XX a seis millones de ciudadanos, la mitad de ellos judíos.

La historia no se ha portado precisamente bien con Polonia. Al contrario, no existe probablemente una nación europea a la que haya pasado factura tan cuantiosa. Invasiones, anexiones, exilios, conspiraciones, insurrecciones sofocadas de manera sangrienta, inicuos repartos del territorio, matanzas masivas, pogromos: se trata de un país donde la herida no ha dejado de agrandarse. Su drama forma parte del devenir de la nueva Europa del Este, al que Michnik (Varsovia, 1946) dedica los diez ensayos de *En busca del significado perdido*. Escritor, líder de la disidencia a principios de los ochenta, Michnik se ha ganado el sobrenombre de «conciencia intelectual de una nación». No resultaría fácil discutirlo; como tampoco lo es encontrar un análisis más perspicaz y profundo que el suyo de lo sucedido a partir de 1989 y de las consecuencias del pasado.

Los ensayos del libro que ahora edita Acantilado están dedicados al tiempo más reciente y convulso de Polonia. Para entender sus claves y profundizar algo en ellas resulta indispensable leerlos. Michnik promueve a través de sus páginas una visión lúcida de algunos acontecimientos para idealistas sin ilusiones. De ellas brotan la condena del patriotismo intransigente, el hedor de las alcantarillas que impregna la política, el asesinato de Gabriel Narutowicz, primer presidente de la democracia tras la ocupación extranjera, la reivindicación intelectual de Mickiewicz y de Milosz, el pogromo de Kielce y el trauma antisemita de Jedwabne como aclaración de una extendida leyenda negra. Un libro ineludible para moverse por el laberinto polaco.



**En busca del significado perdido**  
(La nueva Europa del Este)  
ADAM MICHNIK,  
ACANTILADO, 300 PÁGINAS

## El juego de Alicia es letal

La noche a través del espejo, una pesadilla negra del maestro Fredric Brown

EUGENIO FUENTES

Cada viernes el Carmel City Clarion, un semanario local de un remoto villorrio de Illinois, llega puntual a su cita mañanera con los lectores. Es jueves, avanzada ya la tarde, y Doc Stoeger, director y propietario del periódico desde hace más de 20 años, tiene ya casi listo un nuevo número. Como todas y cada una de las que le han precedido, la hoja no incluye ninguna noticia digna de tal nombre. Y, sin embargo, cuando despunte el viernes, en la cabeza y en la máquina de escribir de Stoeger se acumularán hasta cinco informaciones de impacto, casi todas protagonizadas por él mismo, que le obligarán a poner patas arriba la nueva entrega.

*La noche a través del espejo* (1950) es una de las 22 novelas de misterio —pueden llamarlas negras— que a partir de los cuarenta años dio a la luz Fredric Brown (1906-1972). Brown, a quien muchos conocieron en España a finales de los 70 por los relatos fantásticos —pueden llamarlos de ciencia ficción— seleccionados en dos pequeños volúmenes de Bruguera Libro Amigo (*Universo de locos y Ven y enloquece*), es uno de esos autores de culto ignorados por una mayoría y aplaudidos con empeño por sus miles de seguidores.



**La noche a través del espejo**  
FREDRIC BROWN  
Trad. Susana Carral  
Reino de Cordelia  
304 páginas. 18,95 euros

Corrector de pruebas en un periódico de Milwaukee, bebedor empedernido, fantaseador de fondo, maestro de las tramas, el retrato rápido y los ambientes de contraluz, Brown sólo se dedicó de modo profesional a la escritura durante catorce años. Década y media en la que, como tantos autores de «pulp» mal pagados, ideó cientos de cuentos. Su especialidad fueron los ultracortos, de una a tres páginas, lo que no le ayudó a sanear sus cuentas. El más breve de todos ellos es la introducción a una historia algo más larga, *Knock*. Seguro que ya lo conocían, aunque tal vez no supieran de qué: «El último hombre de la Tierra se sentó solo en una habitación. Llamaron a la puerta...».

*La noche a través del espejo* se titula en inglés *La noche del jabberwock*, criatura que viene a ser una especie de basilisco de gran tamaño cuya popularidad creció de modo exponencial a raíz de ser recreado por Lewis Carroll en *Alicia a través del espejo*. Doc Stoeger es un gran aficionado a Alicia e incluso ha escrito un par de artículos académicos sobre ella. Tiene pesadillas con el jabberwock, sin duda inducidas por la gran cantidad de whiskey que trasiega, y le gusta repetir de memoria algunos de los párrafos sin aparente sentido escritos por Carroll. Como aquel «pentelleaba el sol y los escurrosos tovos jugoneaban aspeando la matambecida».

De modo que cuando, una noche de jueves, compuesta ya la edición que pensaba tirar el viernes por la mañana, llama a su puerta un individuo que dice llamarse Yehudi Smith y le propone comprobar que el mundo de Alicia es mucho más real de lo que casi nadie piensa, Stoeger no puede resistirse. Al abrirle su puerta a Smith, Doc Stoeger acaba de poner en marcha un engranaje de muerte y destrucción.

Sobre una trama de intriga bien dosificada que se prolonga toda una noche, Brown destila enormes cantidades de alcohol, da una lección de periodismo local, pone a prueba la amistad, pasa revista a las mezquindades de una pequeña comunidad, reparte mandobles a las autoridades y, para ello, crea con una facilidad pasmosa toda una galería de tipos bien encarnados que, sin embargo, se mueven en los límites difusos entre la vigilia y el sueño, entre la lógica y el absurdo.

Todo para que, al final, exhausto de correr tras un conejo que siempre parece escapársele, el lector se pregunte por qué diablos este maestro de imaginación tan fértil y pluma tan bien entrenada no habrá retrasado un par de muertos más la entrada en máquinas del nuevo número del Carmel City Clarion. Afortunadamente hay más Brown en las librerías. Aunque falte mucho Brown negro por traducir.